

Reseñas bibliográficas

Esther Cohen, *El silencio del nombre: interpretación y pensamiento judío*, Anthropos y Fundación Cultural Eduardo Cohen, Barcelona/México, 1999.

La lectura de este libro nos coloca de inmediato en un “estado de falta”, y su reseña en un acto de rebeldía. Porque su nombre: *El silencio del nombre* se presenta como un “enigma”, o como una tentación desconcertante de la que no estamos seguros de salir bien librados. Esta aproximación que impone el título, se desprende del singular encuentro de las dos palabras: “*silencio*” y “*nombre*”. Cómo mencionar, incluso con el resguardo de las letras, lo inefable, el espacio de la experiencia, ese saber, entre el silencio y las palabras, donde vivimos nuestra particular lectura del mundo.

En el mismo “umbral” que dibuja el nombre del texto, se presenta el subtítulo: “Interpretación y pensamiento judío”. Del desconcierto pasamos a la acción, antes de comenzar a leerlo ya lo estamos interpretando. Así es como la autora nos presenta su judaísmo y nos prepara para la experiencia. Esther Cohen nos advierte que para leer sus pensamientos debemos estar dispuestos a partir junto con Abraham al exilio judío. En esta tradición, la única verdad, es la que le responde al hombre desde el interior de sus fuerzas vitales. El silencio del nombre y el pensamiento judío se encuentran en otro lugar distinto del mundo de los griegos, lejos del *logos*, del ídolo y del mito. La interpretación en el judaísmo sirve para conducir al errante en un terreno cambiante, como el del desierto. A esto se refiere la autora cuando dice: “La mística judía es una hermenéutica de la acción” (p. 18).

La presentación de este texto se nos complica aún más porque no podemos determinar sus límites. ¿Desde dónde comenzamos a leerlo? En la tapa, en un pequeño recuadro junto al nombre de la editorial “Anthropos”, leemos: “Fundación Cultural Eduardo Cohen”. Al final del libro (p. 110), justo antes del índice (y no después), se nos presenta una muy breve biografía de Eduardo Cohen (1939–1995). Al comienzo, después de presentar unas líneas de Borges, Esther Cohen le dedica el libro a su hermano: “Lalo” a quien se dirige de la siguiente manera: “Desde tu obligado silencio, tu nombre y tu sonrisa jamás llegarán a convertirse en ausencia” (p. 7).

Lo que al principio se antojaba como un reto, se convierte más bien en un dilema. Nos cuestionamos si estos elementos, arriba mencionados, son parte del texto, y si no estamos confundiendo las fronteras entre la autora y su obra, buscando un permiso, encontramos que no dice: “Si la palabra tiene el poder de dar vida o de matar a seres humanos, si tiene la fuerza de mover abismos y hundir al hombre en la confusión, la palabra debe ser, ante todo, *responsable*” (p. 26).

Para Esther Cohen la justificación para romper el silencio se inspira en la tradición de la mística judía: “el gesto de nombrar se convierte en un acto sagrado: crea y recrea el universo” (p. 42). Desde esta perspectiva, no podemos dejar de leer todos los signos del texto, no debemos evadir esa responsabilidad, no se puede amputar el cuerpo del libro.

Para esta presentación, no podemos separar a la autora de su obra, porque ha hecho de su vida una dimensión del texto. No podemos dejar de leerla cuando nos hace saber que Eduardo Cohen es su hermano, y que le dedica el libro. “Pero si es cierto que, como escribió Eduardo Cohen, ‘llegado el momento somos más nuestros muertos que nuestros vivos, porque comienzan a vivir en nosotros de un modo que jamás lo hicieron en vida’, este libro es quizás un intento por arrancarle a la muerte, a su silencio, el nombre incorrompido de mis muertos” (p. 12).

El libro se compone de una colección de diez ensayos, por advertencia expresa de la autora: “en ellos no se encontrarán respuestas, por el contrario, cada uno plantea de manera reiterativa casi la misma pregunta” (p. 12) y ésta se encuentra siempre relacionada con la rebeldía de la escritora frente al mandato del silencio.

Uno de los temas es “El rito judío de la muerte” (p. 79). La reflexión de la autora gira en torno a la función que esta tradición le asigna a la muerte en el fortalecimiento de la vida. El culto a lo inefable demanda un tratamiento “profiláctico” de lo dicho, “un hombre muerto, a pesar del respeto que se merece, y sin duda el judaísmo exalta, pierde sus privilegios frente a la vida” (p. 83).

El duelo en el judaísmo reproduce el enfrentamiento de la vida y la muerte en la superación del dolor del que permanece. Debe despedir al que ya no está recuperándolo desde una función vital. La autora nos va describiendo diferentes elementos que constituyen el ritual para concluir que: “Son nuestros muertos, a fin de cuentas, quienes después de siete días nos regresan, a través de su mortaja y de su propia tumba, a la vida” (p. 88).

De este debate interno, de esta lucha que busca reivindicar la libertad humana frente a la tiranía del destino, Esther Cohen recupera el nombre de Lilit, quien, “cuenta la leyenda, fue la primera mujer de Adán” (p. 101). En el relato que nos presenta la autora, su papel en la tradición es servir a Dios desde Su “lado oscuro”. La demarcación de esta parte de la divinidad, conjuga al género femenino, al don de nombrar lo inefable con la imaginación y el conocimiento. “Lilit dará la cara por esa otra parte de nosotros mismos, y no sólo, Lilit dará también la cara por esa otra parte de Dios” (p. 101).

La autora conjura a Lilit, no sólo desde su obligación de nombrar, sino también desde su condición de mujer. En su libro se trata también del silencio del género. Esta reflexión, que nace de una mujer, explica el ritual judío de la circuncisión como una marca de la diferencia. “¡[N]o será esta ausencia de marcas, inherente a una parte de la Creación, la que da impulso a la infinita interpretación de la cábala, al desenfrenado interés por descifrar, en las Escrituras, aquella oscuridad desmarcada, y por lo tanto, huidiza?” (p. 108).

En uno de los ensayos se aborda el tema de la circuncisión relacionándolo con el silencio del nombre. En la forma hebrea de llamar al ritual, Esther Cohen anuda el privilegio de ser mujer y de ser escritora.

Brith milah, literalmente el pacto de la palabra, es el rito mediante el cual Dios *imprime su huella* en el sexo del varón. El cuerpo se convierte así, para la tradición judaica, en el lugar de la inscripción del lenguaje originario y, más concretamente, del nombre divino, ya que el corte que se opera en el sexo masculino lleva letras de Su nombre (p. 15).

La marca en el miembro del varón, el nombre impronunciado del Dios silencioso que queda cicatrizado, funde el deseo y la procreación en un ritual de la obediencia. La mujer no ha sido amputada, su cuerpo no conoce ese límite, por eso su imaginación puede llegar a los espacios más oscuros de naturaleza humana. “Hombre” y “mujer” son palabra y silencio, con su diferencia crean y al mismo tiempo destruyen.

En este orden de ideas, Esther Cohen nos presenta algunos trazos significativos del pensamiento judío. Nos lleva de la cábala a Levinas, del *Zohar* a Benjamin. Se detiene a dialogar con Derrida y con Steiner, sin dejar de mencionar, aunque sólo sea de paso, a Buber, Kafka y Scholem. Los consulta para escuchar en sus escritos dónde queda el silencio frente al Nombre. Este recorrido, además de refrescante se torna fecundo. Para la tradición judía, la imposibilidad que se crea al intentar sobreponer el “nombre” al “silencio” permite que se abra una dimensión para la ética.

El lugar “del Otro” es diferente del lugar de “lo otro”. La ética judía se construye sobre lo inconcluso, sobre el devenir. “Se trata de pensar la identidad no como retorno a lo *Mismo*, a lo Idéntico, sino como apertura al futuro, y el por-venir es para Levinas el *Otro*, el extranjero, lo desconocido” (p. 32). Esta imposibilidad de limitar al otro en las categorías de nuestro entendimiento, nos arroja en el plano de la práctica. Ya en esta dimensión, toda lectura reconoce la “otra” cara del nombre, su lado oscuro, el reino del silencio. Al callar el *logos* frente al reconocimiento de lo inefable del “otro”, nace la ética judía, en su lucha contra el ídolo griego.

Esther Cohen nos traduce la tradición hebrea en un discurso posmoderno, en sus ensayos existe la propuesta de utilizar estas aportaciones milenarias para responder a los cuestionamientos de la actualidad. “*El-silencio-del-nombre*” es un sólo concepto que nos arroja más allá del discurso, más acá de la práctica, en el terreno de la responsabilidad. Es en este “salto” donde el texto parece detenerse.

Ahora sí podemos leer el texto completo, tenemos un libro que se escribe desde el terreno de la ética, como la entiende el pensamiento judío. Porque el silencio de la muerte llama a la autora a responder desde la dimensión del compromiso práctico. Podríamos agregar que el término hebreo para “responsabilidad” *HaJRaiuT*, se construye con las mismas consonantes que “otro” *HaJeR*. El nombrar desde el silencio se entiende como la responsabilidad por el nombre del “otro”.

¿Es esta lectura la que quería que hiciéramos la autora? ¿No hemos nosotros redactado nuestro propio texto? No podemos saberlo, porque estamos frente a una escritura que se abre, que seduce al punto de una permisividad preocupante. Nos sentimos ya comprometidos con la autora. La integridad del libro depende de nuestra voluntad de querer interpretar los signos que creemos haber localizado.

Al término de la lectura, después de haber pasado por esta peculiar colección de ensayos, nos quedamos “atrapados”. Estábamos advertidos de que cada uno fue escrito como entidad “autónoma”, y que se han integrado en un libro por razones que a cada uno le son externas. Podríamos sugerirle al lector que se rebele contra este acto de tiranía editorial y que no los considere un solo texto. Que les devuelva su estado anterior de independencia. Cada uno de ellos, por separado, nos deja el sabor de una breve reflexión más cercana a la poesía que al debate filosófico. El goce intelectual, que es realmente estimulante, podría ser una justa retribución.

Sin embargo, la autora ha querido llevarnos a otro espacio, no se ha querido desprender de sus palabras, las vuelve a recoger para utilizarlas en un nuevo proyecto. Este libro no es un libro. Está el amor por el ser querido al que se busca rendir un homenaje, y para lo cual, recurre a la recopilación de textos, algunos de los que ya se había desprendido. Los ha llamado de vuelta, ha invocado sus nombres, como si le pertenecieran, como si fueran suyos. En este acto de renombramiento se ha violentado el orden del texto.

El silencio del nombre no es la suma de los ensayos que lo componen, es la expresión de un dolor que no puede consolarse con palabras. Es la reiteración del nombre con el fin de agotarlo, de volverlo estéril. Ahí surge el silencio, al que la autora se resiste. En esta lucha por retener lo que pide partir, Esther Cohen rescribe sus textos para hacerlos un libro.

La presentación de este material sugiere al lector que fragmente su lectura. Que recorra el discurso discontinuo de los ensayos, sin que se exija una comprensión de todos como unidad integral. En otro orden de lectura, que se presenta en forma paralela, encontramos a la autora invitándonos a compartir su manera personal de escribir sobre el dolor y el amor. Y sobre lo que esto representa para una mujer judía que escribe y describe el profundo significado que estas palabras tienen para ella.

MAURICIO PILATOSWKY

Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM

mauripila@mexico.com

Joseph Femia, *The Machiavellian Legacy. Essays in Italian Political Thought*, MacMillan Press, Londres, 1998.

El libro del profesor Femia tiene dos temas fundamentales, ambos de enorme interés para quien hace de la teoría política su campo de estudio. Uno consiste en la identificación de las características básicas y de los autores que, en el siglo xx, han mantenido viva la peculiar tradición de pensamiento italiana. El segundo, de mayor importancia en mi opinión, es la identificación del elemento fundamental de esta tradición: el legado de Maquiavelo. Es el más importante porque, como se sabe, de Maquiavelo se han dicho cualquier cantidad de cosas, desde que es un “maestro del mal”, como quiere Leo Strauss, hasta que es el defensor de un republicanismo virtuoso y moralista, como han sostenido Hans Baron o Maurizio Viroli. En el espacio abierto entre estos dos extremos, la obra de Maquiavelo ha sido interpretada de casi cualquier manera imaginable. Es por ello necesario buscar una interpretación pertinente, que dé cuenta de esta amplia gama de interpretaciones y que, al mismo tiempo, se haga cargo de la enorme complejidad del pensamiento de Maquiavelo. Una interpretación pertinente de Maquiavelo, hoy, debe además entenderlo tomando en cuenta toda la cultura del Renacimiento, y no sólo una parte de ella (como hacen los que intentan convertir a Maquiavelo sólo en un humanista republicano).